

Capítulo VII

Independencia de Chile

Poco tiempo estuvo San Martín en Santiago después de su victoria. Ansiaba por volver a Mendoza y a Buenos Aires, sobre todo a esta última ciudad, a fin de disponer y combinar todo lo necesario para la expedición al Perú. En Santiago, durante esta corta permanencia, su vida fue, como en Mendoza, modelo de austeridad y sencillez. Su ecónomo, el padre francisco Bauzá, llevaba cuenta de sus gastos y nos ha dejado pormenores muy sugestivos en sus asientos y anotaciones. En ese glorioso mes de Chacabuco y primeros días de marzo, hallamos los siguientes: “Al que trajo el perrito de Chacabuco, un peso (al parecer nunca faltó al general uno de estos fieles compañeros; encontraremos después un gosquecillo en Lima y más tarde un perro de aguas en Europa); doce pesos para componer las botas de Zenteno; un peso y catorce reales por la compostura de un catre y una llave para el mayor Escalada; diez pesos de limosna dados por San Martín a la abadesa de las capuchinas; un peso entregado a un pobre por orden del edecán O`Brien; ocho pesos en dos hormas para las botas del señor general; diez pesos a un inglés por otras dos hormas que hizo iguales a las del mayor general, y que “no se dio por bien pagado”, trece pesos al herrero que hizo una pieza para el coche grande; tres pesos al bombero Guzmán; dos pesos en gratificación al que tocó la guitarra en una noche “que se bailó alegre”; catorce pesos al arriero que condujo las dos cargas de algarrobas de Mendoza”.

Uno de estos días, el 10 de marzo de 1817 –según Vicuña Mackenna–, “estaba el general San Martín en el lugar favorito de su palacio de los antiguos obispos de Santiago, conversando soldadescamente con alguien y comiendo sobre parado algún bocado, porque rara vez se sentaba a la mesa, cuando, notando que pasaba el capitán O`Brien por el patio, le dio un grito de: – ¡O`Brien! ¡O`Brien!– gritó tal (grito de San Martín) que hizo girar al último sobre su cuerpo.

“– ¡O`Brien! –le dijo el general con ese tono peculiar, rápido, cortante–: mañana al amanecer marchamos para Buenos Aires.

“– ¿Para Buenos Aires, señor? –contestó casi balbuceando el bravo celta que tenía ya más de un requiebro a cuesta–. ¿A Buenos Aires, señor?

“– ¡Sí, Señor! ¡A Buenos Aires, por Mendoza! ¡Mañana al aclarar!

“– ¿Y llevaremos carga, Señor?

“– ¡Carga! –repuso San Martín, entre riéndose y enfadado–. ¿Se ha figurado usted que voy a meterme a fraile para viajar con petacas?... ¡Vaya! ¡Déjese usted de *Santiguinadas* (textual). ¡En lo montado! ¡En lo montado! Mande un ordenanza a don José Miguel Serrano, a Los Pasos de Huechuraba, para que me haga aprontar mi mula barrosa de cordillera. ¡En lo montado! ¡En lo montado! ¿Me ha entendido usted?... En Buenos Aires se mudará de camisas. Allá son más baratas y no le faltará con qué comprarlas...

“Sea de ello lo que fuere, y quiso que no quiso, el capitán O`Brien galopaba a las cuatro de la tarde para la chácara de Huechuraba, llamada Los Pasos. Era dueño de ese fundo el respetable caballero don José Miguel Serrano, que en mi mocedad me contó algunas de estas cosas, y otras me contó el capitán O`Brien. A las oraciones llegó el general en carroza –honor fastidioso que le habían hecho los santiaguinos–, acompañándolo en número muy crecido hasta la Esquina del Fraile.

“San Martín era por lo común taciturno y aquella noche se acostó silencioso y sólo previno que lo despertasen antes de aclarar para aprovechar la fresca. Por lo demás, el ex gobernador de Mendoza amaba las mulas en los viajes y las prefería a los caballos, porque su tesón se amoldaba al tesón de aquellas bestias. Callado, caminaba, caminaba. Al despuntar el sol, trepaba silencioso la cuesta de Chacabuco, y desde las casas de la hacienda, comenzó a mirar las huellas, que aun quedaban a un lado y otro del camino, de la batalla que, hacía un mes menos un día, habían ganado allí sobre Maroto. Era el 11 de marzo. –¡Pobres negros! –exclamó al divisar en una quebrada un pequeño montón de tierra, y fue todo lo que habló. Eran los libertos del número 8 que allí habían sido enterrados.

“Al caer la tarde, llegaba a la villa de los Andes. San Martín no descansó. Iba enfermo, pues jamás tuvo buena salud.

“A las tres de la tarde del 12 de marzo, un mes justo después de la batalla de Chacabuco, se engolfaba en las cordilleras. “El general sale a las tres –escribía ese día en una posdata el gobernador Alcázar al director O`Higgins– para dormir en la primera quebrada”.

El 18 llegaba a Mendoza. En Uspallata se había detenido dos días porque la fatiga al pecho le impedía marchar. Pero continuó su viaje. Entre tantos agasajos y aclamaciones, una carta de Pueyrredón lo traía preocupado. “Los portugueses –le decía Pueyrredón (y con esto justificaba, aunque en privado, lo que gran parte de la opinión sostenía) –, los portugueses han manifestado ya su mala fe. Su objeto, sus miras tan ponderadas de beneficiar a estas provincias, están ya descubiertas y no son otras que agregar a la corona de Brasil la Banda Oriental, y si nosotros proclamamos por emperador al Rey don Juan, admitirnos por gracia bajo su soberano dominio.”

En efecto: los portugueses señoreaban a Montevideo (ciudad argentina) desde el mes de enero y el general Lecor había contestado que pasaría o no al oeste del Uruguay o del Paraná, según lo decidiera “el Rey su amo”. San Martín, perturbado y cejijunto, sigue su camino en largas jornadas de continuos galopes y desde El Retamo escribe entre otras cosas a O`Higgins: “Creo será inevitable la guerra con los portugueses; veré si a mi llegada puedo hacer algo sobre esto”. Durante el camino va recibiendo cartas de Pueyrredón, que le hablan de glorias, de trofeos, de homenajes que tributa el congreso al vencedor de Chacabuco, de ovaciones que le harán a su llegada y también de la creación de una escuadra para ir al Perú. Pero... esos portugueses y la guerra civil que todo aquello puede traer, ¿lo permitirán?... Pueyrredón ha dispuesto que San Martín se detenga en San José de Flores para preparar una entrada triunfal. Pero él entra en la madrugada del 30 de marzo, cuando todos duermen...

Ya se había celebrado en Buenos Aires con gran regocijo la noticia de Chacabuco. Trajo la noticia Mariano Escalada el 26 de febrero y “esa misma tarde –consigna el diario de Juan

Manuel Berutti– las banderas de la patria, acompañadas de las tropas de la guarnición, músicas militares, salvas de artillería y las autoridades y pueblo, salieron del palacio del señor director, triunfantes, llevando la (bandera) prisionera caída, en señal de su abatimiento, la que fue puesta igualmente rendida, y las patricias sobre ella, enarboladas, en el balcón principal de las Casa Consistoriales donde estuvo esta tarde y el siguiente día a la expectación pública; cuya bandera se remite al Cabildo de Mendoza para que la coloque en el templo que tenga por conveniente, gracia que el Supremo Director hace a esa ciudad por sus relevantes servicios en lo que ha contribuido a nuestro ejército para la conquista de Chile”.

El 9 de marzo de 1817 “entraron una bandera y un estandarte más, la que se recibió y colocaron en los balcones del Cabildo, habiendo habido en esta noche iluminación general, músicas y castillo de fuego en la plaza mayor, en cuyos balcones del Cabildo se puso una muy vistosa iluminación: el retrato del capitán general San Martín que cubría el principal arco de su galería, al que la fama estaba coronando con una corona de laurel, y al pie entre trofeos militares un letrero que decía: *San Martín el laurel toma, Grecia no pudo hacer más*”.

El general cuando llegó fue saludado por autoridades y corporaciones “con el séquito y opulencia que merecía su persona, y glorias adquiridas, con salvas, las calles colgadas de ricos tapices, olivos que formaban calles y un inmenso pueblo que lo acompañaba entre vivas y aclamaciones; habiéndose a la noche iluminado los balcones del Cabildo con su correspondiente música y un famoso castillo de fuego puesto en medio de la plaza”.

La noticia de Chacabuco fue celebrada en todas las ciudades, aun en aquellas que no habían concurrido al congreso de Tucumán y desobedecían al director, porque el sentimiento argentino sabía sobreponerse a las parcialidades políticas. En el diario de un vecino de Santa Fe encontramos lo siguiente: “El 1º de marzo vino impreso... que el 13 del mes de febrero el general San Martín pasó la cordillera, le salió al encuentro un ejército con su general Marcó... y huyó el general Marcó. Como a las seis de la noche llegó el parte. Se repicó largo con salvas. El 4, misa de gracias con *Te Deum* y salvas”.

Pero, con todo eso, San Martín hubo de imponerse de algunos negociados secretos del congreso que, si iban enderezados a precaverse de una expedición española contra el Río de la Plata, comprometían la integridad del país con respecto a Portugal y soliviantaban la opinión en contra del Directorio, aun en la misma capital. Habían salido ya desterrados a los Estados Unidos: Dorrego, el general French, los coroneles Pagola y Valdenegro, el doctor Agrelo, Manuel Moreno, Chiclana y Pazos Silva.

José Miguel Carrera, llegado de Europa con algunos barcos destinados a la guerra de Chile, pero, como hemos visto, mortal enemigo de San Martín y O`Higgins, estaba preso y daría que hacer en el asunto de Chile, lo mismo que sus hermanos. Asimismo, Pueyrredón creyó que podría capear el temporal y aseguró a San Martín que tendría la deseada escuadra del Pacífico. Por eso escribió a O`Higgins el día 17 de abril: “Queda dispuesto que pongamos en el Pacífico una escuadra que lo domine. Con esta arma será sin duda aniquilado el último poder de nuestros enemigos. Necesitamos un año más para la ejecución de nuestros intentos, que tendrá su efecto infalible si conservamos el orden interior. A usted le será más fácil conseguirlo porque manda en pueblos dóciles que no están viciados por las turbulencias; pero yo aseguro que por mi parte velaré sin cesar ayudado de los buenos para perseguir a los díscolos”.

En verdad los “díscolos”, que Pueyrredón contraponía a los pueblos “dóciles no viciados por las turbulencias”, no estaban muy fuera de razón, y si la diplomacia del momento hallaba bien que se consintiera en la usurpación de una provincia argentina para ganar la voluntad de un monarca extranjero y atraerse su apoyo en la difícil situación internacional que se atravesaba, no pensaba así la mayoría del pueblo argentino, como lo demostró en estos años difíciles y alborotados.

San Martín partió para Chile en el mismo mes de abril, el día 18. “Aquel no fue un viaje –dice Vicuña Mackenna–, fue un galope. Salió San Martín a media rienda de Buenos Aires en los últimos días de abril “para encontrar cordillera” y ya el 11 de mayo, cuando los Andes comienzan a erizar sus senos para recibir el abrazo y el soplo de los huracanes, llegaba el guerrero sano y robusto en medio de los alegres repiques de la catedral a su místico palacio de Santiago. El galope lo había curado de todas las dolencias y sentía su cuerpo lleno de vigor y su alma nutrida de fe, esa savia del espíritu.”

La fe del general de los Andes pudo haberse avivado con la promesa de Pueyrredón, que se mostró optimista en Buenos Aires. La carta de Pueyrredón a O`Higgins fue llevada por el mismo San Martín. Pero la situación militar de Chile en 1817, después de Chacabuco no estaba exenta de peligros ni mucho menos. Las fuerzas españolas derrotadas se habían reconcentrado en el sur y ocuparon la plaza fortificada de Talcahuano, donde podían recibir refuerzos de Lima. El coronel Las Heras, con tropas del ejército independiente, fue el encargado de conducir la guerra en esa región y obtuvo dos victorias, la de Curapaligüe, en que rechazó gallardamente a los realistas (mes de abril) y la de Gavilán, en el mes de mayo. En seguida, O`Higgins dominó la región hasta la ribera del Bío-Bío. Pero los españoles de Talcahuano rechazaron un ataque de los independientes contra ese baluarte realista.

Entretanto, el general San Martín había pasado ese año en relativa quietud y absorbido por hondas preocupaciones. Pueyrredón, en vista del sesgo que tomaba la invasión portuguesa, le pidió dos mil hombres de su ejército, que debían pasar la cordillera, casi al mismo tiempo en que el director O`Higgins lo nombraba general en jefe del Ejército de Chile, “en consideración al sublime y relevante mérito, y a que bajo su acertada dirección y delicado tino militar, recibirán las fuerzas de Chile el tono y verdadera disciplina con que ha conducido a la victoria a las fuerzas de los Andes”. Le obsequió el gobierno de Chile con una vajilla de plata, que él rechazó cortésmente, y después con una chacra, que aceptó, pero a condición de que “la tercera parte de sus productos fuera destinada al fomento del Hospital de Mujeres de Mendoza y dotación de un vacunador que, recorriendo la provincia, la libre de los estragos de la viruela”.

Después pidió licencia por enfermedad y propuso delegar el mando en el general Antonio Balcarce, pero ya en enero de 1818 llegan a la plaza de Talcahuano auxilios de Lima, nada menos que un fuerte ejército al mando del general Osorio, el mismo general que había cumplido la reconquista de Chile en 1814 y derrotado a los patriotas en Rancagua. Había llegado en quince buques desde el puerto del Callao.

Pueyrredón seguía insistiendo en el pedido de los dos mil hombres formulado en el año anterior, pero San Martín, vista la gravedad de la situación en Chile, escribe a O`Higgins desde Santiago para decirle que es menester reconcentrar todas las fuerzas para hacerse invencibles.

Y en otra carta: “Mi amado amigo: Parece que los Matuchos quieren tentarnos la ropa como verá usted por las comunicaciones. Dios lo haga, pues de este modo tendremos asegurada la expedición”. (Anota Vicuña Mackenna: San Martín no se atrevió a nombrar siguiera el Perú, tanto era la ansiedad que lo dominaba respecto de esa empresa.)

Y puestos ante aquella situación peligrosa, O'Higgins y sus ministros, Zañartu, Villegas y Zenteno, firman en Concepción un acta en que se proclama la independencia de Chile. Al mes siguiente se hace la misma proclamación en Santiago, pero con carácter popular, en la plaza Mayor, y rodeado el acto de gran solemnidad patriótica.

Se realizó el 12 de febrero, aniversario de la batalla de Chacabuco, después de haberlo anunciado por bando, varios días antes. “Al toque de diana, se formaron en la plaza Mayor las tropas de línea –dice un testigo de la época– y las guardias cívicas de infantería y caballería. Entre tanto, el concurso se aumentaba de tal modo que ya excedía la capacidad de este vasto espacio. Poco después de las seis apareció sobre el horizonte el precursor de la libertad de Chile. En este momento se enarboló la bandera nacional, se hizo una salva triple de artillería y el pueblo con la tropa saludaron llenos de ternura al sol más brillante y benemérito que han visto los Andes. Luego se acercaron por su orden los alumnos de todas las escuelas públicas y, puestos alrededor de la bandera, cantaron a la patria himnos de alegría que excitaban un doble interés, por su objeto y por la suerte venturosa que debe esperar la generación naciente destinada a recoger los primeros frutos de nuestras fatigas. A las nueve de la mañana, concurren al palacio directorial todos los tribunales, corporaciones, funcionarios públicos y comunidades; luego entró el excelentísimo señor capitán general don José de San Martín, acompañado del señor diputado del gobierno argentino, don Tomás Guido, y la plana mayor; a las nueve y media salió el excelentísimo señor director, precedido de esta respetable comitiva, y se dirigió al tablado de la plaza principal: las decoraciones de este lugar correspondían a la dignidad de su objeto y en el centro de su frente se distinguía el retrato del general San Martín. En seguida se leyó por el señor don Miguel Zañartu, ministro de Estado, el acta de la independencia. Después de leída el acta, se postró el excelentísimo señor director y poniendo las manos sobre los santos Evangelios, hizo el siguiente juramento: “Juro a Dios y prometo a la Patria bajo la garantía de mi honor, vida y fortuna, sostener la presente declaración de independencia absoluta del Estado Chileno de Fernando VII, sus sucesores y de cualquier otra nación extraña”. Luego exigió el mismo juramento al señor gobernador del Obispado, quien, a la fórmula anterior, añadió en los transportes de su celo, la cláusula que sigue: “Y así lo juro, porque creo en mi conciencia que esta es la voluntad del Eterno”. Seguidamente recibió S.E. el juramento del general San Martín, como a coronel mayor de los ejércitos de Chile y general en jefe del ejército unido. Entonces el señor ministro de Estado en el departamento de gobierno, lo tomó simultáneamente a todas las corporaciones y funcionarios públicos y después el señor presidente del Cabildo, batiendo el pabellón nacional por los cuatro ángulos del tablado, recibió del pueblo el juramento en la forma que sigue: –¿Juráis a Dios y prometéis a la Patria bajo la garantía de vuestro honor, vida y fortuna, sostener la presente independencia absoluta del Estado chileno de Fernando VII, sus sucesores y de cualquiera otra nación extraña?

“Aun no había acabado el pueblo de oír estas últimas palabras, cuando el cielo escuchó el primer juramento digno del pueblo chileno.”

Agenda de lecturas

Las cuentas llevadas por el padre Bauzá, ecónomo de San Martín, pueden consultarse en el *Archivo* del prócer. La escena de San Martín con O'Brien está en el volumen VIII de las *Obras completas* de Benjamín Vicuña Mackenna, editadas por la Universidad de Santiago de Chile. Este volumen comprende todo lo que dicho ilustre publicista chileno escribió sobre San Martín y sobre la Revolución de la Independencia del Perú. Contiene además una buena iconografía del prócer. Será citado en diversos capítulos de este libro. Las cartas de Pueyrredón a San Martín podrán encontrarse en el archivo mencionado. Sobre San Martín en Buenos Aires después de Chacabuco informa el *Diario* de Juan Manuel Berutti, publicado por la Revista de la Biblioteca Nacional (Buenos Aires). La celebración de Chacabuco en Santa Fe se halla mencionada en el *Diario* de don Manuel Ignacio Díez de Andino, publicado con prólogo y notas de José Luis Busaniche por la filial Rosario de la Junta de Historia y Numismática Americana. Los documentos sobre la declaración de la independencia de Chile se hallan en el Archivo de San Martín. La *Historia general de Chile* de don Diego Barros Arana es obra importante y de copiosa información.

José Luis Busaniche. *San Martín vivo*. Capítulo VII. pp. 83-92. 2ª ed. Buenos Aires: Emecé, 2000.